

Fidel Araneda

## Un humanista chileno

EL PBRO. D. JUAN RAFAEL SALAS ERRAZURIZ



PARA hacer la semblanza del Pbro. don Juan Rafael Salas Errázuriz, hemos tenido que explorar mucho en archivos y bibliotecas, porque no obstante su rica personalidad literaria, no existe un estudio completo sobre el sacerdote humanista. Los textos de Literatura Chilena, antiguos y modernos, ni siquiera mencionan el nombre del señor Salas, y en cambio contienen largas páginas sobre escritores cuyas obras carecen de la más mínima importancia. Lo mejor que encontramos, acerca de la meritísima labor literaria del ilustre eclesiástico, son dos excelentes artículos publicados por el Pbro. don Emilio Vaïsse, en su "Crónica Bibliográfica Semanal" de *El Mercurio*, con ocasión del fallecimiento del señor Salas. No le faltaba razón a don Carlos Silva Vildósola para decir "que apenas si el publico escogido y escaso que sigue la gran literatura, ha podido darse cuenta de que don Juan Salas es el autor de una traducción de Esquilo, hecha directamente del griego en verso castellano, trabajo monumental, esfuerzo gigante de interpretación de una de las grandes creaciones del ingenio humano" (1).

\* \* \*

La biografía de don Juan Salas Errázuriz es muy breve: nació en Santiago el 4 de septiembre de 1855, y fué bautizado ocho días después por el santo apóstol de la caridad Pbro. D. Blas Cañas. Estudió humanidades en los Padres de los Sagrados Corazones, y leyes en la Universidad de Chile durante dos años. Ingresó en el Seminario de los Santos Angeles Custodios en 1878, y el 24 de septiembre de 1881 recibió el presbiterado. Desde 1874 hasta que entró en el Seminario, colaboró en prosa y verso en la revista *La Estrella de Chile*, y cinco años escribió en la de *Artes y Letras* (1884-1889). Fué catedrático de Literatura en los seminarios de Valparaíso y Santiago. Ayudó a D. Blas Cañas en el Patrocinio de San José, y en 1891, aceptó el cargo de rector. Durante veinte años (1894-1914) fué jefe de la Sección Bibliográfica en la Biblioteca Nacional. El año 1900 era capellán de la Casa de María. En 1902 envió correspondencia desde Europa al diario *El Porvenir*. Dedicóse a los estudios humanísticos y tradujo las tragedias de Esquilo, dos églogas de Virgilio, el primer canto de *La Divina Comedia* y algunos cuentos de Hans Christian. Publicó dramas breves, un estudio sobre su antepasado D. Manuel de Salas y otro acerca del padre jesuíta Antonio de Escobar. Colaboró también en *El Estandarte Católico* y en *La Revista Católica*, en esta última hizo un interesante trabajo sobre la moderna literatura chilena (1913) en la cual elogió especialmente la obra de Rafael Maluenda y de Víctor Domingo Silva. Dejó comenzado un *Diccionario de Raíces Griegas* en colaboración con el Dr. D. Víctor Barros Borgoño. En 1918 la Academia de la Lengua correspondiente de la Real Española le eligió miembro del número para suceder a D. Vicente Reyes, pero rechazó el cargo (2). Murió en esta capital el 27 de julio de 1921.

De carácter un poco excéntrico, D. Juan Salas era demasiado retraído y raro, prefería vivir "lejos del mundanal ruido", para aislarse de la mediocridad y petulancia de los hombres. Le repugnaba la tontería y huía de ella como de su peor enemigo. Dice uno de sus

émulos, el Pbro. D. Guillermo Jünemann, “que era uno de aquellos hombres cuya sola vista atrae: perfil israelítico puro, cara alba demacrada, hondamente pálida, energía inteligente. No sabía ni mentir, ni fingir, ni adular, ni doblegarse... El amor, el culto de la verdad, el estudio y la labor intelectual era todo para él”.

Altivo y nervioso por naturaleza, a veces actuaba con atolondramiento e imprudencia, pero pasado el *in promptu* pedía perdón como un niño. Conocemos una carta que dirigió a un connotado escritor con el cual discutió un asunto acaloradamente, y en ella le dice entre otras cosas. “Si en algo procedí con poca prudencia, con poca discreción y mesura; si la pésima voluntad que le tengo a un sistema bibliográfico de que Ud. es entusiasta partidario; si por nerviosidad o ligereza se me ha escapado alguna expresión hiriente o por lo menos poco conforme con las consideraciones debidas a un compañero, le doy las más amplias explicaciones y le ruego que me perdone... Si Ud. tiene a bien no hablarme, no contestar mi saludo, mirarme como a un extraño, sea; con todo me conformo, con tal que en el fondo de su alma vuelva a renacer un pequeño sentimiento de benevolencia para conmigo, al menos con tal que no me guarde rencor” (3). Era caballero sin tacha y sacerdote ejemplar.

Modesto y humilde como la generalidad de los grandes ingenios, nunca se consideró digno de aceptar los honores que con justa razón descaban otorgarle las instituciones científicas y literarias. El, que había dedicado toda su vida a los nobles trabajos intelectuales, jamás buscó honores, ni se valió de subterfugios para lograrlos, antes al contrario, rechazó el cargo de académico de la lengua correspondiente de la Real Española para el cual fué elegido en 1918. Pudo ingresar en la Corporación, si no hubiese puesto “tanto cuidado en huir de las miradas del público, como otros en buscarlas”. “A la ambición y a los honores, prefería la dicha estudiosa que le proporcionaban su biblioteca y el salón del Hotel de Broglie”. Esto que Max Daireaux dice del escritor francés inédito Ximenes Doudan, puede aplicarse muy bien al sacerdote-humanista cuya memoria recordamos. No obstante el deseo de pasar inadvertido, los literatos más renombrados enalte-

cían al señor Salas: Marcelino Menéndez y Pelayo y D. Miguel de Unamuno celebraron las obras del humanista chileno y D. Miguel recomendaba a los alumnos de su clase de lengua griega, la versión de Esquilo, hecha por D. Juan Rafael, como la mejor que existía a la sazón.

El temperamento de nuestro ilustre sabio, no era para conquistar muchos amigos y sin éstos, aquí y en todas partes, ni el hombre más insigne pasa a la posteridad. El señor Salas no fué comprendido y los escritores nacionales hemos sido injustos con él. "Se extinguió tristemente, abrumado de las injusticias y el olvido de un mundo obtuso, ignorante y mezquino", dice el señor D. Guillermo Jünemann.

\* \* \*

El señor Pbro. D. Juan Rafael Salas Errázuriz era uno de esos hombres extraordinariamente cultos e inteligentes que, como lo atestigua Omer Emeth, no pertenecía a ese tipo de humanistas superficiales que saben "algo de todo y todo de algo", sino por el contrario "amaba como ellos la antigüedad, pero a diferencia de ellos, la miraba cara a cara, sin el velo de la traducción, penetró en su intimidad y quedó enamorado de ella para siempre", pero no desdeñó tampoco la literatura moderna, y en su últimos años se dedicó a estudiarla con interés.

Desde muy mozo colaboró en *La Estrella de Chile* revista de inspiración católica y conservadora, que fundó D. Raimundo Larraín Covarrubias en 1874, y en la cual escribieron casi todos los contemporáneos del señor Salas que profesaban su misma fe: Francisco Concha Castillo, Rafael B. Gumucio, Enrique Nercaseaux y Morán, Javier Vial Solar, Benjamín Vicuña Solar, Juan Agustín Barriga y otros literatos y políticos ya consagrados, como el Obispo de Concepción D. José Hipólito Salas, los Pbro. Crescente Errázuriz Valdivieso, Esteban Muñoz Donoso, José Ramón Saavedra y Rodolfo Vergara Antúnez y los señores Ramón Sotomayor Valdés, Luis Rodríguez Velasco, Enrique del Solar, Zorobabel Rodríguez, Carlos Walker Martínez, Ab-

dón Cifuentes y José Zapiola. Enviaban también artículos, escritores extranjeros tan destacados como Jorge Isaacs, Joaquín de Lemoine, Ricardo Palma, José Pardo, Juan Zorrilla de San Martín, Rufino José Cuervo y Bartolomé Mitre.

En las páginas de dicha revista D. Juan Salas publicó sus primeros versos y cuentos de sabor sentimental y emotivo, y en todos se advierte el influjo de la Escuela Romántica espiritualista y católica que tuvo su origen en Alemania.

Los versos del señor Salas denotan inquietud y melancolía:

*Triste el pasado,  
El porvenir incierto,  
Miserable el presente,  
¿A qué vivir así? ¡Cuánto más vale  
El eterno silencio de la muerte!*

y en la poesía titulada *Ya lo sabemos*, dice:

*Mi corazón a veces  
Sondea amargamente sus heridas,  
Como el ciervo acosado y moribundo  
Las tuyas lame  
Y sollozando mira.*

La última composición poética publicada en *La Estrella de Chile* el 20 de agosto de 1878, después de haber iniciado su carrera eclesiástica, expresa:

*Tranquilo se mece mi barco en las ondas,  
Las ondas del mar;  
Las velas dormidas, aguardan la brisa,  
¿De dónde, maestro, de dónde vendrá?*

*Cantando van. En torno de las naves  
El ledo enjambre de los sueños juega;  
De un aura perfumada el tibio aliento,  
Bajo otro cielo y a otro mar los lleva.*

*¿Cantando van? . . . Cual se recuerda un sueño  
Recuerdo el día en que mis blancas velas  
Me llevaron allá ¡Qué de esperanzas!  
¡Qué de visiones! ¡Qué auroral! ¡Qué promesas!*

*¡Cantando van! . . . Afortunado náufrago,  
Arrojóme a estos mares la tormenta,*

*Y EN LAS PUERTAS DE UN TÈMPLO, PARA SIEMPRE,  
Colgué mi lira, cual votiva ofrenda.*

Es el canto de un joven principiante, pero que revela un estado de ánimo, y la tendencia de una época en la cual carecíamos aún de literatura autóctona y original. El muchacho había encontrado seguro derrotero en su vocación eclesiástica.

Entre los cuentos publicados en la *Estrella de Chile*, hay uno curioso y de ambiente militar que apareció en el N.º 363 del 20 de septiembre de 1874: *Un episodio de la vida militar* (fragmentos de un general imaginario). El autor narra las angustias de un joven que obligado por la guerra se alistó en el ejército para defender a la patria; y con pesadumbre tuvo que dejar a su madre y a su esposa. Batióse denodada y valientemente en la campaña y obtuvo muchas medallas, a fin de cumplir la promesa que había hecho a su madre; pero cuando se firmó la paz, esos seres queridos ya no existían. El héroe perdió la razón, e iba con frecuencia a colocar en la tumba de esas dos mujeres el fusil y las condecoraciones. El tema era delicado, si se considera el fervor patriótico de antaño, y el señor Salas, joven entonces de diez y nueve años, debajo del título, puso una nota aclaratoria que dice: "Por si a alguno chocan algunas opiniones, que en este trabajo aparecen, advertiré que su principal objeto ha sido la defensa de dichas opiniones". Al autor de este cuento,

identificado con las ideas románticas y egoístas de su tiempo, le parecía absurdo posponer en el amor de los suyos por el de la patria.

Tres años después que recibió el presbiterado, inició sus colaboraciones en la revista de *Artes y Letras*, en cuyas columnas escribían los mismos literatos católicos y conservadores que diez años antes lo hacían en *La Estrella de Chile*, a los cuales se sumaban otros noveles escritores y artistas: Pedro Nolasco Cruz, Pedro Lira, Carlos Toribio Robinet, Antonio Subercaseaux y el Pbro. D. Manuel Antonio Román que llegaría a ser tan grande humanista como el señor Salas; también colaboraron algunos liberales, entre otros Guillermo Blest Gana y Miguel Luis Amunátegui Reyes. Tal vez el mejor trabajo publicado por nuestro autor en esta revista es el hermoso y erudito estudio acerca de la Egloga IV de Virgilio, cuya traducción insertaría en la *Revista Católica* en 1913. En este trabajo establece, con sólidos argumentos, que el clásico vate latino bebió su inspiración en el profeta Isaías. “Según las predicciones de la Síbila de Cúmas debe comenzar un gran orden de siglos: las edades han terminado con la de hierro, dice el señor Salas, y la edad de oro iniciará de nuevo la serie, bajo venturosos auspicios. La venida de la Virgen y el nacimiento de un *niño* fué cursor de una nueva raza que bajará del cielo, son los signos de la nueva era. Aquel niño gobernará con las virtudes de su padre, el orbe completamente pacificado y desaparecerán los vestigios del antiguo crimen. La tierra le ofrecerá sus primicias; *morirá la serpiente* y todo terreno, espontáneamente y sin cultivo, producirá todas las cosas”. Cuando Virgilio dice “quedarán no obstante algunos vestigios de la antigua maldad: ellos harán —agrega el traductor— que los hombres desafíen al océano en frágiles naves, ciñan con murallas las ciudades y desgarran la tierra con el arado... Encenderánse nuevas guerras, y otra vez sitiará a Troya el grande Aquiles”. “El sentido de tan bellas palabras es evidente —prosigue el joven crítico— palpable, luminoso. Una vez más ¿qué crimen o maldad es esa, cuyos restos son la causa del arriesgado comercio de los mares, del incesante trabajo, condición indispensable de la vida, de la guerra cruel con su séquito

de recelos, desconfianza y peligros? Aquella maldad, tan antigua como el hombre, concluye el señor Salas, se llama en el lenguaje cristiano: Pecado Original”.

“Cuarenta años antes de Cristo, el bardo mantuano, como inspirado por la celestial Musa de Isaías, había celebrado con toda la pompa de la metáfora oriental, la vuelta de la Virgen, la caída de la Serpiente, el próximo nacimiento de un *divino niño*, vástago del gran Júpiter, el cual borraría el crimen de la raza humana y gobernaría al universo pacificado con las virtudes de su padre. Canta también la aparición de una raza celestial que se extendería por todo el mundo, y la restauración de la inocencia y de la felicidad de la Edad de Oro. El poeta ignoraba quizás el sentido y el objetivo de estas sublimes predicciones, *que han sido tan indignamente aplicadas al hijo de un cónsul o de un triunviro*. Empero, si la más espléndida, y en realidad la más especiosa interpretación de la égloga, contribuyó a la conversión del primer emperador cristiano, Virgilio, merece ser colocado entre los más afortunados predicadores del Evangelio”, expresa nuestro poligloto transcribiendo las palabras del historiador inglés Gibbon.

“El discípulo de Teócrito, de Hesíodo, de Homero, ¿a quién ha tomado por maestro para elevarse hasta donde no es dado llegar al hombre sin un guía superior que le conduzca?”, se pregunta extasiado el señor Salas. “Así se elevaba cuatrocientos años antes de Jesucristo el divino Platón para cantar con armonía arrebatada a los cielos, el *Logos* o el Verbo de Dios, el amor infinito, la vida futura, el Salvador por excelencia (Soter Aristos) y los atributos de la verdadera Divinidad, y con ningún otro puede ser comparado Virgilio, que ha merecido el título de Platón de los poetas”.

“Para hallar sublimidades como las de Homero hay que remontarse hasta Isaías. ¡Isaías y Virgilio! El cisne de Mantua y el gran Vidente de Israel, atrevida asociación que la pluma forma con asombro”.

“Es forzoso señalar —asegura el señor Salas— una influencia capaz de explicar satisfactoriamente el hecho, de la semejanza de

Virgilio con Isaías, y a la verdad no la encontramos fuera de los Libros Santos. La magnificencia de los conceptos, la abundancia y la fuerza de las imágenes que se suceden una tras otras como en la poesía oriental, las majestuosas alusiones ya mencionadas a lo que es como el alma de las profecías bíblicas; todo nos induce a creer con el sabio Lowth que Virgilio se ha inspirado en los monumentos sagrados de los hebreos, y especialmente en Isaías. No puede oponerse a esto una objeción seria. La Versión griega de los Setenta precedió más de doscientos años a las Eglogas: se sabe además, que había en Roma muchos judíos helenistas, y es verosímil que ellos introduzcan algunas copias de dicha versión”...

“Si Virgilio leyó a Isaías —ya que no es dado afirmarlo, conjetura el docto humanista— es forzoso raciocinar hipotéticamente, —si Virgilio leyó a Isaías profundísima debió ser la emoción producida en su alma por la grandeza nueva y extraña de aquel libro, en que una santa ira, mezcla sus sombrías amenazas con la voz de la esperanza y las promesas consoladoras de la misericordia. Ya se adivina qué tierna comparación se hace en la mente del poeta. Israel culpable le recuerda el crimen de Roma, ese crimen que comienza en el Capitolio de Idus de Marzo, germen fatal que se extiende, se renueva, se multiplica en los honores de las guerras civiles, durante amargos y funestísimos años. Mas, Israel culpable, será regenerada; cubiertos de ceniza los cabellos y rasgadas las vestiduras, sonrío en medio de sus lágrimas al escuchar el anuncio de sus futuras glorias” (4).

Recuerda D. Juan Rafael Salas que en las obras de Cicerón y en las de Virgilio “uno cree reconocer en ellas los primeros fulgores del cristianismo” y Lactancio ha conservado este pasaje del tratado de República del padre de la oratoria latina: “Ya no habrá una ley en Roma y otra en Atenas, una ahora y otra después; sino una sola ley, eterna e inmutable, que comprenderá a todas las naciones y a todos los tiempos; no habrá más que un solo Señor y Monarca de todos, que será Dios”.

Estas páginas de severa y enjundiosa crítica, escritas en impeca-

ble lenguaje cervantino, por un hombre de treinta y tres años, han sido olvidadas por los modernos historiadores de nuestras letras. ¿Seríamos capaces los escritores contemporáneos, un poco peritos en letras clásicas, de realizar un trabajo de hermenéutica literaria, siquiera semejante al del señor Salas? La respuesta, desgraciadamente, es un no rotundo. Sin embargo, en ninguna antología de las publicadas en Chile, ayer y hoy, hemos encontrado ni una página de las obras de nuestro sacerdote polígrafo. Con toda propiedad podríamos decir aquí: "este es el pago de Chile".

Vierte también al castellano, en aquel tiempo, la Egloga I de Virgilio. En ella, el poeta latino, manifiesta su reconocimiento a Asino Polio por la devolución de los dominios mantuanos que habían sido arrebatados por los triunviros a raíz de la batalla de Filipos. Cremona, que había favorecido la causa de la República, fué una de las ciudades entregadas a las legiones victoriosas, mas como el territorio de esta villa era demasiado reducido para los muchos lotes que debían asignarse, los repartidores se apoderaron de algunas tierras de Mantua, ciudad vecina de Cremona, entre esas heredades usurpadas se hallaban los dominios de Virgilio, situadas en los alrededores de Audes, pueblecito inmediato a Mantua. Esta es la causa de la amarga expresión de Moeris: "*Mantua vae miserae, nimium vicina Cremonae*" (5). Gracias a la protección de Asino Polio, obtuvo el dulce poeta la devolución de sus dominios. Compuso, entonces, esta égloga para manifestar a Augusto su reconocimiento. Melibeo representa a uno de los infelices desposeídos; su lenguaje de gemidos expresa con admirable verdad lo que pasaría por el corazón de esos pobres desterrados. Por boca de Títiro manifiesta su reconocimiento y regocijo el agradecido poeta:

*Podías, sin embargo, aquí esta noche  
conmigo descansar en verdes hojas;  
tengo abundancia de cuajada leche,  
blandas castañas y maduras frutas;*

*y de las alquerías ya los techos  
a lo lejos humean y mayores  
caen las sombras de los altos montes.*

Para justificar su hermosa y fiel traducción en verso castellano, D. Juan Salas recuerda las palabras de Menéndez Pelayo, quien después de tachar de “vana y ridícula la opinión de los partidarios de la traducción en prosa tratándose de lenguas como la de nuestra península y la latina, agrega: “Bueno que traduzcan en prosa los franceses, porque el sistema de versificación que tienen no les consiente otra cosa; pero nosotros, ¿qué ganamos con eso? (aunque parezca paradoja) podemos ser más concisos y literales escribiendo en verso suelto, el cual, además por la licencia consentida al lenguaje poético, puede reproducir intactos, giros, vocablos, y latinismos que en prosa fueran exóticos y pedantescos, y hasta remendar en algún modo la cadencia de los versos del original, como acontece cuando se traduce sáficos latinos o griegos en los llamados sáficos modernos” (6).

A los veinte años, según propia confesión, el señor Salas emprendió la traducción del primer Canto de la *Divina Comedia*. “Púseme —dice— resueltamente a la obra con aquella buena fe y aquel ardoroso entusiasmo que suele poner en sus empresas la juvenil edad, a quien por lo común, halaga y seduce todo atrevido intento”. “Terminé el primer canto; los dos poetas, mantuano y florentino, emprendieron sin mi compañía su viaje al reino de las sombras. Es achaque de la mocedad —fuélo al menos de la mía— comenzar muchas cosas y dar remate a pocas”. Amaba la belleza del estilo y como encontró deficiente esa primera versión, la destruyó; y a los 48 años hizo la segunda. En aquélla había usado la misma estrofa dantesca, el hermoso, solemne pero difícilísimo terceto aconsonantado. En la nueva “prescindió del consonante” porque no quiso perder paciencia y tiempo en andar a caza de rimas; que “las tales, llevadas de su taimada condición, ofréncense de buen grado cuando no se las busca y nada valen, mientras que las deseadas y de valía, huyen y se esconden y desesperan al desventurado rimador, que se da al diablo por

cogerlas, así sea de la punta de un cabello. En segundo lugar porque por muy rica y flexible que sea una lengua —y muy pocas lo son como la nuestra— una traducción rimada, aunque sólo lo sea con asonantes, no será jamás exacta, y muchos menos si hay que someterse a la tiránica ley de la octava real y del terceto. Pretender conservar fielmente el pensamiento del autor, y a la vez hallar rimas que corresponden exactamente en significación y fuerza a las del texto, atendiendo al mismo tiempo a la propiedad de la expresión, a la corrección del lenguaje, a no introducir añadiduras que huelgan y no suprimir cosas necesarias, al oportuno uso del hipérbaton, al ritmo y armonía del verso, es pretender una imposibilidad metafísica. Desafío a cualquiera a que me traduzca dos tercetos contiguos del Dante, o lo que él elija, sin faltar a ninguna de esas condiciones”.

En la traducción conserva fielmente no sólo el pensamiento del poeta, sino también sus giros, sus peculiares modos de decir y no pocas veces hasta sus mismas palabras. El señor Salas, traductor impenitente y hombre de exquisito gusto artístico, sabe encontrar las rimas correspondientes con exactitud al significado y fuerza del texto. Por otra parte mantiene la pureza de la locución y la dignidad y nobleza del lenguaje. Sacrificó la rima que, en verdad, es lo menos importante. Las notas y comentarios del texto las tomó del trabajo de Domingo Palmieri, docto jesuíta, teólogo y literato, pero no pocas veces el señor Salas discute cuerda y sabiamente con este autor.

El año 1902 viajó a Europa y envió desde el viejo mundo varios artículos al diario *El Porvenir* de Santiago. Escribe con talento acerca de los asuntos más diversos: inicia las colaboraciones con uno sobre los derechos civiles de la mujer, de los cuales se muestra partidario. Dice que si se le ha permitido que abandone el hogar para que trabaje en las fábricas, no hay razón para negarle sus derechos cívicos: “aspire en buena hora la mujer a la igualdad a que cree tener derecho”, expresa el señor Salas, “pero no olvide que con simples deseos no se conquistan las ciudadelas. Adquiera primeramente el saber, el valer y el poder; hágase así respetable y fuerte ante la sociedad;

obligue al hombre a ver en ella algo más que un bonito maniquí para colgar cintas y perendenques, y esté segura del éxito”.

“De otra suerte, no se lo deseo, con las máquinas de votar que funcionan en nuestras elecciones y con los “marionettes” que gesticulan en nuestro parlamento, basta y sobra”.

Pensaba a la sazón que llegaría alguna vez el día en el cual la mujer obtendría los derechos civiles “y tal vez muy pronto”. “El mundo va ligero; el siglo XX nos reserva extrañas evoluciones y grandes sorpresas”, auguraba hace cincuenta y tres años.

Notable y salpicado de sutil ironía es su estudio sobre las novelas psicológicas. Pasa revista a los diversos tipos de novelas: clásicas, románticas, naturalistas, psicológicas y después de declarar que este género literario nunca le ha fascinado, confiesa que el solo nombre de las llamadas psicológicas se le ponían los pelos de punta, y que la lectura de dos o tres, casi le hizo perder la razón.

No menos interesante es el ensayo que dedicó a Víctor Hugo con motivo del centenario de este genio de la musa gala. “Ni como hombre ni como escritor merece Víctor Hugo los honores oficiales que acaban de tributarle en Francia”, decía. “Los rasgos más sobresalientes de su carácter son una vanidad infinita y un rencor implacable”... “Es aficionado a moralizar y no conoce el corazón humano; pretende estudiar y analizar los grandes hombres y no ve en ellos más que el gesto, el ademán, la figura, cuando no se contempla en ellos a sí mismo”, o cuando nos presenta algún retrato hay en él un verdadero predominio de extravagancias. Termina diciendo que “el triunfo será efímero. El fallo incorruptible de mañana dirá al ídolo de hoy: sólo quiero de lo que has dejado, lo bueno, lo verdadero, lo bello, lo eterno, lo poco que de ello tenga será lo único que podrá salvar tu nombre del olvido. El arte, la poesía, tienen por fundamento la verdad inmutable, y sólo el artista que la respeta y a ella pide sus inspiraciones vivirá en la memoria de los hombres”. No le falta razón a nuestro humanista; de Víctor Hugo sobrevive, entre otras cosas, la *Oración por Todos* y es evidente que en gran

parte la salvó del olvido la genial imitación creadora de D. Andrés Bello.

En otro artículo defiende la conversión de Chateaubriand de las invectivas críticas de Sainte Beuve.

Una de las últimas crónicas enviadas desde Europa, se refiere a la radioactividad de la materia. Sorprende la vasta erudición científica del señor Salas, quien no obstante haber dedicado toda su vida a los estudios literarios, dilucida con claridad y vasto saber, en forma liviana, una materia tan árida como ésta, que trata de los últimos descubrimientos acerca de la radioterapia, especialmente el de los esposos Curie, en 1899.

Empero, la labor más grande de nuestro poligloto es sin duda la traducción de las tragedias de Esquilo, a esta honrosa tarea dedicó casi toda su vida. Inicióse en ella muy joven y en el curso de su trabajada existencia vertió las obras siguientes: *Agamenón*, *Las Coéforas*, *Las Eumenídes*, *Los siete sobre Tebas* y *Prometeo encadenado*, que la Universidad de Chile editó en un volumen en 1904. Admirador de la literatura clásica greco latina, buscó esparcimiento en la traducción de las *Tragedias* de Esquilo y lo hizo con sin par maestría. Sigue las huellas de Federico Klopstock y de los grandes escritores científicos alemanes que iniciaron en el mundo occidental los estudios clásicos. D. Juan Salas influyó a su vez en la vocación literaria del Pbro. D. Guillermo Jünemann, otro de nuestros más refinados humanistas.

D. Juan Rafael puso toda su alma de artista en la *Orestíada* la cual contiene la única trilogía de Esquilo que ha llegado completa hasta nosotros: *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Eumenídes* son tal vez los cantos más hermosos del heleno vate. El trabajo del señor Salas parece una creación original. Traduce en verso endecasílabo suelto, muy pocas veces mezclado con el heptasílabo y casi nunca asonantado y aconsonantado. La forma y el lenguaje de la versión, dentro de la más absoluta fidelidad, alcanzan la más alta expresión de belleza y exactitud. El patetismo de Esquilo, severo y conciso, conserva toda su fuerza y magnificencia en el trabajo de nuestro

humanista. En el prólogo del volumen publicado por la Universidad de Chile, el traductor hace un estudio profundo de las obras de Esquilo. Omer Emeth, que sabía griego, también vertió algunos cantos del trágico, compara su traducción de *El grito de Antígona*, hermosa página esquiliana, con esa inimitable del señor Salas, y estima que en aquélla puede observarse no sólo la maestría del helenista sino también la del poeta: El crítico francés comienza el estudio sobre la obra literaria del señor Salas, citando unas palabras escritas por D. Carlos Silva Vildósola, en el editorial de *El Mercurio* a raíz del fallecimiento del célebre humanista que recordamos, y en las cuales declara que la traducción de Esquilo, hecha directamente del griego en verso castellano “es un trabajo “monumental”, esfuerzo gigante de interpretación de una de las más grandes creaciones del ingenio humano... El canto de las Oceánidas consolando a Prometeo, quedará como uno de los trozos más notables de nuestra literatura”.

“Esfuerzo gigante”, repite el señor Vaisse, estas palabras encierran una verdad que me propongo poner en plena luz. Pero ¿de qué medios me valdré para que mis lectores puedan juzgar por sí mismos?”

“Supongamos por ejemplo, que, en vez del texto griego de Esquilo, les ofrezca una traducción literal (esto es, palabra por palabra o poco menos), de un trozo a la vez difícil y famoso y que, al lado de esa traducción, ponga la del señor Juan R. Salas: ¿no se verá el esfuerzo del traductor? ¿No se calcularán las dificultades con que hubo de luchar a brazo partido? Obsérvese en efecto, que por una parte, Esquilo escribe en versos griegos, y que por otra parte, el señor Salas traduce a Esquilo en versos castellanos, lo cual constituye una doble y gravísima dificultad proveniente de la índole muy diversa de los dos idiomas y de las dos métricas”.

“Pues bien, vamos a intentar esta demostración, escogiendo una de las escenas más hermosas de Esquilo, una página inmortal conocida bajo el nombre de *El grito de Antígona* y sacada de los Siete Jefes”. Pero antes sépase el origen y motivo de ese grito sublime: Eteócio y Polínice, hermanos ambos de Antígona, han muerto en

la batalla, peleando en lucha fratricida. Eteócio defendiendo, y Polínice atacando a la ciudad de Cadmo, su patria. En presencia de ambos cadáveres, un heraldo proclama la sentencia de los magistrados en cuya virtud el cadáver de Polínice, enemigo de su patria, quedará insepulto en castigo de su traición. Antígona escucha al heraldo y, al oír la fatal sentencia, lanza el siguiente reto a los magistrados:

*“Antígona:* Y yo a los magistrados cadmeos digo: si nadie más a éste quieren sepultar, yo, yo misma, aunque exponiéndome a cualquier peligro para sepultarlo, sepultaré al hermano mío. No me avergüenzo de esa anarquía que no cree en el Estado. Poderoso en ese seno común del cual hemos nacido de una madre desgraciada y de un padre infortunado. Tú también voluntariamente, con ese criminal involuntario, asóciate, alma (mía); hazte en vida cómplice de un muerto, por tu amor de hermana. De éste, tampoco las carnes serán por los hambrientos lobos devoradas: nadie se lo figure ¡Tumba y sepultura, yo misma, aunque mujer, yo la procuraré llevando tierra en el pliegue de mi peplo de lino, y lo cubriré yo misma, y nadie diga lo contrario ¡Descuida! tengo la inventiva que sabe obrar!... (8).

*“El Pregonero:* Te aconsejo altamente obedecer al Estado en esto...

*“Antígona:* Yo te aconsejo a ti no anunciarme cosas inútiles.

*“El Pregonero:* Irritable sin embargo, es el pueblo cuando (recién) sale del peligro (de la batalla).

*“Antígona:* Enójate (cuando quieras); pero insepulto éste no quedará”.

“He ahí —dice el señor Vaïsse— la escena famosa en que la voz de la sangre, de la humanidad y del amor, formuló la eterna protesta individual contra todas las tramas políticas. La he traducido lo más literalmente posible, apegándome a las palabras unas en pos de otras, y no modificando el orden de éstas, sino cuando ello era inevitable dada la índole del castellano”.

“Ahora bien, escuchemos al señor Juan Rafael Salas, y veremos resuelto con suprema elegancia el más difícil de los problemas:

*“Antígona:* Y yo al cadmeo tribunal declaro— que si al dar a

mi hermano sepultura — nadie conmigo viene, yo, yo sola — se la daré: Todo peligro arrostro; — ni esto quebrantar las leyes patrias — me causará rubor ni pondrá miedo. — Son lazos poderosos las entrañas — do del más desdichado de los padres — y de una madre mísera la vida — recibimos a dos. A su infortunado — asóciate, alma mía, de buen grado; — en vida, sé del muerto fiel hermana — ¡No será por lobos de hondo vientre — su cuerpo miserable devorado! — ¡Jamás! Yo misma, yo mujer, — le abriré y alzaré sobre sus restos — el funerario túmulo; yo misma, — en este líneo velo de anchos pliegues — le envolveré y le llevaré en mis brazos — ¡Qué nadie en vano lo contrario diga! — ¡Ea valor! para ponerlo en obra — no faltarán a la piedad los medios.

“*Pregonero*: Te aconsejo que al pueblo no provoques.

“*Antígona*: Y yo a ti que no en vano me lo digas.

“*Pregonero*: Un pueblo vencedor no sufre ofensas.

“*Antígona*: Las sufra o no sepultaré a mi hermano” (7).

“Compárese esta versión, prosigue el creador de la crítica literaria chilena, con la anterior del señor Vaisse, y se verá la maestría no sólo del helenista sino también del poeta. Las dificultades por vencer eran muchas: en cada uno de esos maravillosos versos, los tropezaderos abundan y todos fueron evitados con admirable destreza. A nadie, pues, extrañarán las alabanzas que Menéndez Pelayo prodigó a esta traducción. Al homenaje de tan insigne maestro, es justo añadir el del profesor Unamuno, quien, en su clase de lengua griega, en la Universidad de Salamanca, solía leer a sus alumnos la traducción del señor Salas, calificándola de “insuperable”.

Penetremos un poco en el argumento de *Las Coéforas* que significa “portadora de libaciones”. Orestes, hijo de Agamenón, llega del destierro y desde el primer momento anuncia que viene a vengar la muerte de su padre, perpetrada por Clímnestra, madre del joven, después del sitio de Troya. Una sola idea llena el drama: la Venganza: “ella —dice el señor Salas— da rugidos de maldición a la plegaria única de aquel himno extraño y terrible. La acción lentísima, casi inmóvil, semeja un grupo del mármol en que se ve al

sacerdote al pie del ara, con el brazo alzado sobre la víctima, y en torno suyo el cortejo solemne de los ministros del templo. Y sin embargo, éste, sin duda alguna, es el más patético de los dramas de Esquilo. En ninguno, lo afirmo sin temor de que se me desmienta, ha encontrado su musa acentos más enérgicos, más apasionados, que lleguen más al fondo del alma, que en éste. Es asombroso, inconcebible casi, como aquella idea única de expiación y castigo se renueva, se transforma sin agotarse jamás, sin dar a nuestra emoción un momento de tregua. Allí, y sobre todo en los magníficos cantos del coro, no hay líneas indecisas, ni notas apagadas; todo, las efusiones del dolor y del odio, la maldición y la plegaria, el horror del crimen y la sentencia contra el culpable, la angustia y la esperanza, todo es vibrante, ardiente, poderoso, porque todo, como ríos de fuego nacidos de un mismo cráter, irradia aquella idea terrible y se anima al soplo feroz de la venganza. No sé si esta tragedia es la más grande de Esquilo, tal vez lo sea; entre astros de primera magnitud suele ser difícil asignar a uno sobre los otros la primacía del esplendor. Empero, si se me pregunta en cuál se muestra más variado el arte del poeta eleusino en el cual puede conocerse mejor las cualidades características de su musa, contesto sin vacilar: en *Las Coéforas*".

Antes de vengar el asesinato de Agamenón, Orestes sostiene con su madre el siguiente diálogo:

"*Climnestra*: ¡Piedad, hijo, piedad! Respeta el seno — sobre el cual tantas veces — mamando dulce leche te dormiste.

"*Orestes*: ¡Oh Pilades! ¿Qué haré? ¿Mato a mi madre?

"*Climnestra*: ¿Matarás a tu madre, hijo querido?

"*Orestes*: No soy yo quien te mata, mas tú misma".

"El héroe, después de haber dado muerte a su madre dice para justificarse: ¡Allí de Argos están los dos tiranos, — los asesinos de mi noble padre, — los violadores de su hogar! — Amigos, mientras sentados en el trono estaban; a juzgar por su muerte, todavía — en alianza de amor siguen unidos — y a sus antiguos juramentos fieles. — Dar muerte a mi padre y morir juntos — juraron; y fielmente lo

cumplieron. — ¡Ved, oh vosotras que sabéis del crimen — la dolorosa historia, ved los grillos — en que al mísero padre aprisionaron — en que sus manos y sus pies prendieron! — El velo desplegado, rodeadlo en giro — alzado hacia los cielos, porque el Padre, — el mío, sino el Sol que lo ve todo, — la hazaña impía de mi madre vea — Tú al menos ¡Padre Sol! si de esta sangre — me acusan algún día, sé testigo — de que a mi madre con justicia he muerto”.

Ocupóse, más tarde nuestro humanista, en dos trabajos de escaso interés, en los cuales malgastó su docta y flúida pluma: hizo un estudio sobre el padre Antonio Escobar y Mendoza, autor de la *Historia de la Virgen María Madre de Dios desde su Purísima Concepción sin pecado original hasta su gloriosa Asunción*, que sirve de prólogo a esta obra mariana publicada por la *Revista Católica*. El poema de un vulgar conceptismo carece de valor literario. El autor era gran moralista, pero poeta menos que mediocre. Lo que más vale de este Proemio es una crítica a la *Revista Católica*. Dice que en aquel tiempo se publicaban “artículos de escaso mérito literario o científico”, y que “la mayoría de los trabajos carecían de firma responsable”. El nombre de un superior al pie de un buen trabajo literario es el mejor y más eficaz estímulo para los inferiores, y harta necesidad de estímulo que tenemos. Nuestro clero, nuestro virtuoso y distinguido clero, tiene un temor excesivo a la publicidad. Todavía conserva las tradiciones de aquella bien intencionada, pero funestísima escuela (aún no muerta del todo) que decía al sacerdote: “¡A la sacristía! Déjate de literaturas! ¡Con tu teología, tu misal y tu breviario te basta y sobra! Reaccionemos enérgicamente contra esa concepción falsa y estrecha que tanto mal nos ha causado. Quien tenga dotes de escritor, lúzcalas sin falsa modestia, ni pueriles temores. Quien ha recibido la misión del apostolado, ejérzala a la luz del día. Los tiempos actuales así lo exigen ¡Hasta cuándo viviremos agazapados en las sombras? Cultivemos las letras divinas y humanas sin ocultarnos como cobardes. Combatamos por el honor de la Iglesia sin antifaz, a cara descubierta. Probemos a los enemigos que no merecemos el dictado de ignorantes y retrógrados que a boca llena nos lanzan al

rostro y que la *Revista Católica* ponga muy en alto el nombre del clero de la arquidiócesis a donde quiera que vaya; pero, por Dios, basta ya de artículos insulsos y de anónimos". Y sin embargo, no faltan, hoy, quienes piensan que en la revista del clero de Santiago "todo tiempo pasado fué mejor"... La eterna crítica chilena...

Tampoco estuvo feliz nuestro respetable poligloto en su polémica con el padre Víctor Maturana, de San Agustín. En una carta pretendió probar, contra la opinión del religioso agustino, que no era el padre José Erazo, de la misma Orden, el autor del *Diálogo de los Portereros*, sino de su antepasado D. Manuel de Salas. Los argumentos del señor Salas son pobres y, contrariamente a lo que se pensó en aquel tiempo, la réplica del padre Maturana pulveriza al ilustre humanista. A nuestro juicio perdió la batalla. Lo mejor que hay en esta carta, y donde nuestro autor luce sus brillantes dotes de literato, es en la defensa que hace del Arzobispo Valdivieso a quien el padre Maturana denigra gratuitamente en su *Historia de los Agustinos*. En la última parte D. Juan Rafael destruye los argumentos del sacerdote agustino, y traza un retrato magnífico del prelado: "Hombre de mundo, jovial, abierto, deliciosamente campechano y sin ninguna de esas gazmoñerías y meticulosidades que suelen hacer desagradable la virtud, era a la vez un hombre interior admirable, constantemente unido a Dios, penitente como los antiguos anacoretas del desierto. No había poder humano capaz de hacerlo desviarse de la línea del deber. Y sin embargo, ese hombre de voluntad de hierro, jamás obró atropelladamente, por nerviosidad o por capricho. Como todos los hombres de verdadero carácter, sólo después de pesar bien las razones en pro y en contra, y de atender a los dictados de la conciencia y a la opinión de prudentes consejeros, tomaba una determinación, que, una vez tomada era irrevocable. Quería que sus súbditos le obedecieran como hombres libres, no como esclavos. Cuando alguno de sus súbditos le argumentaba con buenas razones y llegaba a convencerlo, aplaudía alegremente su derrota como si hubiera obtenido un triunfo. Así enseñaba a su clero ese maestro incomparable, a ese clero que, gracias a él, es el primero de Sud América.

¡Cuán diferente es este Valdivieso del Valdivieso violento, nervioso, atolondrado, que nos pinta V. R.!” Sólo Vicuña Mackenna nos ha dejado un retrato del Arzobispo, semejante a éste.

En 1910 la Universidad de Chile publicó los *Escritos de D. Manuel Salas* y en el prólogo D. Juan Rafael esboza la personalidad múltiple del patricio y filántropo chileno que ejerció tanto influjo en las postrimerías de la Colonia y en los primeros años de la Independencia en nuestro país.

Llegamos a los últimos ensayos literarios del señor Salas: quería publicar un *Diccionario de raíces griegas*, trabajaba con tesón en compañía del doctor D. Víctor Barros Borgoño; pero ya en 1912, nueve años antes de su muerte, le iban faltando las fuerzas y pensaba que no lo alcanzaría a publicar.

Se ocupó también en estudiar la moderna literatura chilena. “En su mente amplia como un templo, erigíanse altares distintos para las distintas bellezas; un altar a la antigua belleza griega, otro u otros a la belleza medieval y moderna”, dijo Omer Emeth.

*El Diario Ilustrado*, con el cual tuvo el señor Salas más de alguna polémica, hizo una encuesta acerca de cuáles eran o debían ser los ideales de la literatura nacional; y él respondió, con esa lucidez del escritor chileno, que amaba no sólo las letras clásicas sino también la literatura genuinamente criolla que comenzaba a ser objeto de las creaciones de los nuevos novelistas y poetas. “La obra literaria de los últimos tiempos —dijo— va en variada gama, del aborto ridículo a lo excelente. En su conjunto, distribuída en la serie las cualidades extremas, cabe dentro de esta fórmula: mucha frivolidad, mucha sensualidad, poca gramática. Algunos han suprimido a la vez la gramática y las ideas, dejando solamente lo otro: hazaña que no carece de mérito. La sensualidad de nuestra actual literatura adolece en general de monotonía. Para subsanar este defecto, sueltan de cuando en cuando una indecencia de a folio. En la variedad está el gusto. Ocupan los peldaños superiores varios escritores de talento. De éstos mencionaré únicamente dos, dos figuras que me interesan en especial, y a los cuales quiero dedicar algunos párrafos: un prosista, don Rafael

Maluenda, y un poeta, don Víctor Domingo Silva". En Maluenda hay dos personalidades: el crítico y el pintor de costumbres y narrador de cuentos. Del primero sólo diré: Paz sobre su tumba, y ojalá no resucite. Los relatos y bocetos del segundo son muy notables; poseen frescura, colorido, sentimiento; vibra en ellos una nota humana, sincera y real, que los hace amables y que revelan al hombre de corazón y al artista. Respecto a Víctor Domingo Silva dice que "maneja muy bien la prosa y mucho mejor el verso. De sus poesías conozco una media docena, de fondo frívolo, de magnífica factura. Creo no equivocarme al decir que descuella sobre sus compañeros de la pléyade (algunos de cuales tienen buen talento). Posee en alto grado las dotes que constituyen al poeta de fuste: verso fácil, numeroso y elegante, riqueza de conceptos, fantasía, sentimiento. Con temas más elevados, más dignos de su noble inteligencia, realizaría obras magistrales, acreedoras a la admiración de los lectores serios e ilustrados y al justo homenaje de la posteridad. La verdadera poesía, la poesía que merece vivir, resulta de la fusión de dos elementos, tan íntimamente unidos como la materia prima y la forma substancial de los escolásticos; un objeto bello y eminente y el alma del poeta".

Aconsejaba al escritor chileno que "buscara temas relativos a la historia, costumbres y naturaleza de su país y que fuera escrupuloso en las prácticas de las costumbres nacionales y que manejara con la mayor corrección posible la lengua patria". Omer Ometh, que no encontró muy claro aquello de la escrupulosidad en las prácticas de las costumbres nacionales, manifiesta que "sólo merece el calificativo de chilena la literatura que lleva el sello de Chile, esto es, cuya materia (paisajes, personajes, ideas, sentimientos, etc.), es chileno. Cuanto a la forma, es de desear que, conservada en lo posible la pureza del castellano, el estilo se amolde a la materia y se armonice con ella".

"Lástima fué, expresa D. Emilio Vaïsse, que preocupado de su trabajo etimológico (*El Diccionario de Raíces Griegas*) el señor Salas no se entregara de lleno a los estudios de crítica literaria".

En el primer centenario del nacimiento de D. Juan Rafael Salas Errázuriz, hemos querido recordar brevemente su labor, como un acto de reparación a su memoria, tan injustamente olvidada entre nosotros.

NOTAS

---

(1) Editorial de *El Mercurio* del 29 de julio de 1921. El autor de este artículo es D. Carlos Silva Vildósola.

---

(2) Fué elegido académico por unanimidad el 10 de octubre de 1918, y se le aceptó su reiterada renuncia en la sesión del 16 de diciembre de 1920.

---

(3) Carta del 24 de junio de 1912 a D. Ricardo Dávila Silva.

(4) La Egloga IV de Virgilio. *Revista de Artes y Letras*.

---

(5) Egloga I. 9. 28.

---

(6). Id.

---

(7) "Para comprender la indignación de Antígona, conviene no olvidar que la opinión de los antiguos griegos, la privación de sepultura era la más cruel desgracia, tanto para el difunto como para la familia de éste. Constituía además, una imborrable deshonra para los dolientes que habían tolerado tamaño desacato".

---

(8) "En el texto griego hay la palabra "anarquía" que aquí propiamente significa desobediencia. Esquilo la califica de *apistón polei*, es decir literalmente *incrédula al Estado*, que no cree en el Estado. He preferido conservar en la traducción castellana la palabra griega, hoy tan conocida en sociología y política".